

TESTIGOS EN LA ESCUELA

7

HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA

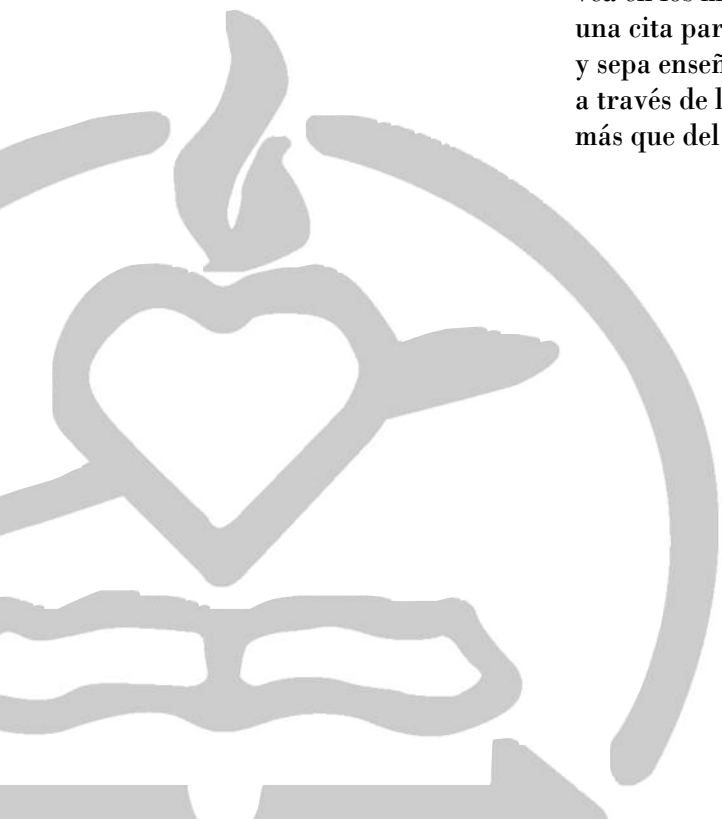
**Agustín Alcalde, OSA
Carlos José Sánchez, OSA**



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-932490-5-X****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-27.892-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

Hacia una metodología agustiniana

AGUSTÍN ALCALDE, OSA Y CARLOS JOSÉ SÁNCHEZ, OSA

MÉTODO equivale a camino o cauce. Es el significado más al alcance. También modo de trabajo o procedimiento para conseguir algo. Cuando se habla de metodología educativa, pensamos en la forma peculiar de realizar las funciones y tareas encaminadas a lograr los objetivos educativos.

No existe ningún método inocuo. La metodología ya forma parte del cuerpo doctrinal, y elegir un camino u otro condiciona la meta. Antes de abrir la senda, hay que tener muy claro dónde deseamos ir. El camino o método se supeditará al objetivo que deseamos alcanzar, y en función de él hacia dónde queremos ir,

revisaremos permanentemente los pasos que damos. Finalidad y método se interrelacionan, de modo que forman una cierta unidad.

¿Qué escuela soñamos? ¿En qué dirección orientamos el conjunto de actividades y vínculos sociales que configuran el entramado de la educación? ¿Qué utopías movilizan la vida de nuestros Colegios? ¿Qué alternativas proclamamos desde las aulas?

La respuesta a estas preguntas permite seleccionar una metodología frente a otras y estructurar todo el proceso educativo. Conviene advertir, desde el principio, que en la pedagogía agustiniana no es posible marcar un método que convierta al educador en un autómatas maniatado.

El educador agustiniano es *testigo en la escuela* y *testigo-artífice de una escuela* que tiene unas

características particulares. Desde esta doble convicción, el control de verificación de los recursos metodológicos estará en eso que llamamos el espíritu o talante educativo agustiniano, en la presencia viva del propio educador y en la propuesta de escuela que ofrecemos.

ESCUELA HUMANA Y HUMANIZADORA

A la escuela se va para ser hombre, para crecer en humanidad y llegar a la mayor plenitud posible. Así lo entiende san Agustín. No se trata de encumbrarse sobre los demás, sino de poder entablar el diálogo con la Verdad interior y orientar su amor hacia el único Bien al que está llamado. «Prometí demostrarte, si recuerdas, que había algo que era mucho más sublime que nuestro espíritu y que nuestra razón. Aquí lo tienes: es la misma verdad. Abrázala, si puedes; goza de ella y alégrate en el Señor y te concederá las peticiones de tu corazón. Porque, ¿qué más pides tú que ser dichoso? ¿Y quién más dichoso que el que goza de la inequívoca,

inmutable y excelentísima verdad? (...) Y puesto que en la verdad se conoce y se posee el bien sumo, y la verdad es la sabiduría, fijemos en ella nuestra mente y apoderémonos así del bien sumo y gocemos de él, pues es feliz el que goza del sumo bien» (*El libre albedrío* 2, 13, 35-36).

Reflexiona san Agustín desde su experiencia personal. Hubo un tiempo en que su vida fue una riada turbia de honores, prestigio, poder, vanagloria. Hasta que se encontró en un camino sin salida que, además, le alejaba de la felicidad. Por eso quiere que el ser humano aspire a poseer no sólo las cosas buenas de la tierra, sino el Bien sumo, eterno, que es la Verdad, Dios. Caminando hacia Dios el hombre se humaniza; distanciándose de Él, se vacía y se pierde (cf. *La Trinidad* 12, 11, 16).

Hay que borrar la sospecha de que Dios es rival de lo humano. En la entraña más profunda de lo humano está Dios, y cuando el hombre entra dentro de sí mismo, dialoga de modo balbuciente con Dios. Lo inaudible, lo misterioso sólo puede escucharse en el silencio sonoro y elocuente de la propia intimidad.

La escuela es *humanizadora* si acompaña a la persona hasta su plena realización, que culmina en el encuentro con Dios. El ser humano

se mueve en la órbita de Dios —«Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Confesiones* I, 1, 1)—, y se siente colmado, pleno, cuando esa maravillosa realidad que nos cerca por todas partes se desvela como Dios. La inquietud se convierte en gozo sosegado porque el Dios buscado y encontrado no es un tirano amenazador, sino un Dios con rostro humano que quiere enriquecernos con el don de sí mismo, y que no dudó en hacernos a su imagen y semejanza. Esta noticia con que se abre el libro del *Génesis* la completa san Agustín con una bella metáfora: «Moneda de Cristo es el hombre; allí está la imagen de Cristo, allí el nombre de Cristo, allí la función y los oficios de Cristo» (*Sermón* 90, 10).

«Hay mucha distancia entre lo que somos y lo que debiéramos ser. Mirando nuestro corazón tenemos que dar la razón a san Agustín: No hay animal alguno tan social por naturaleza pero tan pendenciero por vicio como el hombre (*La Ciudad de Dios* 12, 27, 1). ¿Alcanzaremos alguna vez ese estado triplemente

reconciliado con la naturaleza, con el hombre y con Dios?

Todos nosotros somos hombres en busca de la humanidad; hombres en camino de Adán a Cristo. San Agustín escribió: Todo hombre es Adán, todo hombre es Cristo (*Comentarios a los Salmos* 70, 2, 1). O, como dice una fórmula clásica, a la vez justo y pecador. Pero la maldad y la bondad nos son para la humanidad dos desenlaces igualmente probables: Si Cristo es el hombre por venir, creer en Cristo es creer en el porvenir del hombre.»

(Luis GONZÁLEZ CARVAJAL, *Ésta es nuestra fe, Teología para universitarios*, 2.^a ed., Ed. Sal Terrae, Santander 1984, p. 120)

Pero, además, la escuela es *humanista*. El modelo de ser humano que intenta presentar la Escuela Agustiniiana está abierto a la trascendencia y a la relación. Un hombre cuya meta no es la cerrazón egoísta sobre sí mismo, sino la apertura a los otros y, en expresión de Gabriel Marcel, al absolutamente Otro. Un hombre que trabaja por hacer de todos los pueblos y ciudades una nueva humanidad, caracterizada

por la paz, la justicia, el amor. La escuela, entonces, no es un banco de datos donde sólo se recibe información, y tampoco un lugar de perfeccionamiento de aprendizajes. La Escuela Agustiniiana trata de ayudar al hombre a crecer en humanidad, a descubrir la Verdad que reside en su interior y el Amor que le dinamiza.

En la línea de horizonte se sitúa un hombre y una mujer más *humanos* para una sociedad también más *humana*. Para ello es necesario «personalizar» al alumno, a la escuela, al educador, a los métodos y contenido de los programas. En esta dialéctica personalista es necesaria una adaptación a la singularidad de cada alumno como persona y como miembro de la sociedad. Por eso se impone la adaptación de la escuela a las diferencias y circunstancias de los alumnos. «Importa, cuando hablamos, si son muchos o pocos los que escuchan, si doctos o ignorantes, o entremezclados; si son habitantes de la ciudad o campesinos, si ambos están mezclados; o si se trata de una asamblea formada por todo tipo de hombres. Es inevitable, en verdad, que unos de una manera y otros de otra influyan en el que va a hablar y enseñar, y que el

discurso proferido lleve como la expresión del sentimiento interior del que lo pronuncia, y que por la misma diversidad impresione de una manera u otra a los oyentes, ya que éstos se ven influidos, cada uno a su modo, por su presencia» (*La Catequesis a principiantes* 15, 23).

Casi inconscientemente, los educadores nos imaginamos poseer la verdad transmisible, la legítima civilización o cultura. Sin embargo, todo ser humano tiene la sabiduría que le confiere la Verdad-Amor que habita en su interior. Desde esta perspectiva, la Escuela Agustiniiana –y toda escuela– tiene que ser abierta, debe aceptar a cualquier persona, sea cual fuere su capacidad, y ser capaz de flexibilizar la metodología en función de la diversidad de los alumnos.

La educación debe revelarse como intransitiva porque educar es crecer, surgir, establecer relaciones con cuanto nos rodea. Aquí entra de lleno el respeto a la naturaleza y no su dominación, porque el verdadero crecimiento humano se produce cuando nos abrimos a la realidad y la «nombramos», como hizo Adán, cuando acogemos a los demás y compartimos con ellos la vida, cuando descubrimos a Dios y creemos en Él.

«Yo me pregunté muchas veces ante mis alumnos cabreros, hortelanos, medio mecánicos, trabajadores responsables desde los 11 años en las tareas familiares, compañeros de cuarto del viejísimo abuelo, combatientes del frío y alguna vez del hambre, hermanos de la mayoría de chicos y chicas de la tierra que viven en el campo africano y asiático o latinoamericano (3/4 partes de la humanidad), ¿cómo era posible llamarles ignorantes? No logré encontrar para nosotros, en 19 años de convivencia, otro nombre mejor que «educadores», pero insistentemente me preguntaba a quién debía llamar así, a ellos o a nosotros; y qué retorcida institución –me preguntaba– había sido capaz, habitualmente, de echarlos a la calle como fracasados escolares.

¿Por qué no serán educativas las escuelas?, me decía. Ahora me parece saber que la razón está en que los maestros conjugamos como transitivo el verbo educar y no soltamos nunca la tiza ni nos abrimos de ella para pasarnos horas escuchando. (Yo, por ejemplo, deseo que me pongan una tiza en la mano, si la muerte no me coge en el encerado.)»

(José Luis CORZO, *Educar(nos) en tiempos de crisis*, Edit. CCS, Madrid 1996, pp. 15-16)

Frente a la pedagogía directiva e intervencionista, que fomenta la pasividad y la dependencia, san Agustín concibe al alumno como un ser vivo lleno de posibilidades, una semilla capaz de desarrollo. No quiere decir que sean innecesarias o irrelevantes las ayudas recibidas. Se crece en humanidad a la sombra de otra humanidad que nos acompaña. Alguien tiene que tendernos la mano, que fijar en nosotros la mirada, regalarnos la confianza.

El reconocimiento de la diversidad y plenitud germinal de cada ser humano es el fundamento de la *educación personalizada*. En definición del profesor García Hoz, es una educación que «ayuda al sujeto a desarrollar su capacidad de hacer efectiva la libertad personal... al convertir el trabajo de aprendizaje en un elemento de formación personal a través de la elección de trabajos y la aceptación de responsabilidades por parte del escolar mismo».

Algunas aplicaciones metodológicas son los «métodos autoactivos», «la investigación», «el método de redescubrimiento»... Es decir, todos los instrumentos que potencien el despliegue de las propias posibilidades, favorezcan la originalidad, despierten la creatividad y refuercen una conducta donde sea posible la

participación activa. A una distancia infinita quedan la pasividad y el adoctrinamiento.

PARA EL DIÁLOGO

- **¿Qué caminos hay que recorrer para ser testigos en la escuela?**
- **¿Qué gestos humanizan más las relaciones de los educadores entre sí, los educadores-alumnos, los educadores-padres de alumnos?**

ESCUELA CRÍTICA

Tiene dos vertientes: una primera y fundamental, que es el encuentro de toda persona con la Verdad, y una segunda, que exige la transformación del mundo. El camino de acceso a la verdad no es fácil porque vivimos pendientes de las imágenes externas que recogen nuestros sentidos. Volcados hacia fuera, resulta difícil entrar en el mundo interior y encontrarse con la verdad. Hay una verdad aparente que sólo es el fenómeno, el espectáculo, la envoltura de la realidad. El argumento más verdadero de las

cosas no se encuentra a flor de piel, sino en planos más profundos, y exige una mirada más atenta. Por eso la necesidad de que la escuela sea una escuela crítica, reflexiva, que ofrezca elementos para la formación de criterios personales. Lo que, inicialmente, se acepta porque lleva el sello del profesor, una vez filtrado y seleccionado tiene que pasar a ser pensamiento propio.

Sólo es posible una actitud crítica desde la interioridad, porque es allí donde habla el Maestro interior y donde se aprende a valorar y juzgar, personalmente, los diferentes juicios y opiniones. Educar para el encuentro y la escucha del Maestro interior es garantizar la autonomía. El maestro humano sólo es pedagogo hacia ese otro Maestro, que es el único Maestro. «Tenemos todos un solo Maestro. Y, bajo Él, somos todos condiscípulos. No nos constituimos en maestros por el hecho de hablar desde una cátedra. El verdadero Maestro habla desde adentro» (*Sermón 134, 1, 1*).

Cuando la crítica es mirada hacia uno mismo, se convierte en autocrítica. Hay en la vida de san Agustín un gesto ejemplar de autocrítica. Al final de su vida, después de haber escrito un número de libros que a todos asombra,

porque su vida estuvo ocupada por la atención a tareas pastorales propias de su ministerio de obispo, escribió una obra titulada *Las Revisiones*. A pesar de ser ya un hombre maduro, no dudó en revisar su pensamiento y rectificar allí donde creía debía hacerlo. Todo un símbolo de honestidad intelectual y de fidelidad a la verdad que iba descubriendo.

En la sociedad contemporánea hay una evidente descompensación entre información y sentido crítico. La oferta nunca ha sido tan amplia, tan diversificada y tan contradictoria. Los canales de comunicación, de la mano de la tecnología más avanzada, traen la noticia hasta nuestra misma mesa de trabajo. No hace falta bajar a la calle a comprar el periódico, porque la ventana de nuestro ordenador nos permite ojear distintos periódicos.

Todas estas constataciones nos llevan a la necesidad de dos recordatorios importantes: la posibilidad de asomarse al mundo desde nuestra casa y la importancia de una formación para el uso crítico de los medios de comunicación. Contemplar con ojo crítico la realidad es comprenderla.

ESCUELA PARTICIPATIVA

Como ya se ha dicho, según san Agustín, hay un único Maestro y una única Verdad, de la que somos depositarios; no propietarios. «La verdad no es mía ni tuya, para que pueda ser tuya y mía» (*Comentarios a los Salmos* 193, 2). El dueño de la Verdad y único Maestro es Dios.

El descubrimiento personal de la verdad puede convertirse en bien común si se participa a los demás. La emigración espiritual hacia la verdad también es convocatoria para aquellos que no se limitan a vivir encerrados en sus propias certezas vacilantes. Lo cantaba el poeta:

«¿Tu verdad? No, la Verdad.
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.»

(Antonio MACHADO, *Canciones*).

Porque la verdad –sobre todo la Verdad con mayúscula– es inabarcable –se necesita la aportación de todos y la claridad del diálogo confiado. La verdad compartida no merma ni se achica; por el contrario, se agranda. Compartir la verdad exige ser diáfanos y transparentes como un

crystal. Es así como todos nos convertimos en dadores de algo y receptores de mucho. El enriquecimiento mutuo, aunque sea asimétrico, es el ideal pedagógico en toda comunidad educativa. Surge, de este modo, la figura del educador abierto a la colaboración con otros (padres, educadores de tiempo libre, catequistas...), para crear ese tapiz de relaciones que constituye una verdadera malla de resistencia a la vulnerabilidad de toda institución. Sería contradictorio que la cultura de cooperación y colaboración encontrara cerradas las puertas de la escuela. Mucho más en la Escuela Agustiniiana.

A partir de estos presupuestos, no resulta forzado legitimar el imperativo de la *participación* en la acción educativa. Es decir, el papel activo de las personas y su implicación en el proceso educativo.

«Hay una educación que no estimula la participación, sino que induce a la pasividad y a la resignación; no genera creadores, sino que multiplica los consumidores y las dependencias, al impedir que las personas humanas se reconozcan como posibilidad, piensen con su propia cabeza, sientan con su propio corazón y caminen con sus propios pies. El ideal de un proyecto

educativo consiste en trabajar juntos, vivir juntos y soñar juntos.»

(Joaquín GARCÍA ROCA, *La educación en el cambio de milenio*, Ed. Sal Terrae, Santander 1998, Col. Aquí y ahora, n.º 36, p. 43)

Educar para la participación es hoy una aportación básica de la escuela. Cumplirá con esta función si se entiende la educación como una aventura colectiva que se sostiene sobre la colaboración.

Una metodología participativa tiene su raíz más honda en el pensamiento, muchas veces repetido por san Agustín: «La verdad es patrimonio común y pertenece a todos los amadores de la verdad» (cf. *Confesiones* 12, 25, 34). La escuela, a través de la participación, permite el ensayo de la práctica democrática.

PARA EL DIÁLOGO

- Los jóvenes son fáciles a la crítica, pero rehúsan la autocritica. ¿Qué podríamos hacer para crear en ellos el hábito de autoevaluación veraz de su comportamiento?
- ¿Qué entrada tienen los medios de comunicación –el periódico, la televisión...– en las aulas, para que la noticia pase a ser argumento de reflexión y de análisis?

ESCUELA LIBERADORA

En el mundo de la pedagogía, un nombre conocido es el de Paulo Freire. Son suyas las siguientes palabras: «*Aprendí en el exilio... a estar cada día más abiertos al mundo, estar dispuestos a pensar; estar cada día preparados para no aceptar lo que se dice sencillamente porque se dice, estar predispuestos a releer lo que se lee; investigar, cuestionar y dudar cada día. Creo que es sumamente necesario dudar. Pienso que siempre es necesario no estar seguro, es decir, exageradamente seguro acerca de ciertas certezas*» (Paulo FREIRE, *Revisión de la Pedagogía Crítica*, Ed. Piados, 1990, p. 177).

San Agustín hace una clara distinción entre tener libertad y ser libre. Cuando existe la posibilidad de elección entre distintas posibilidades, hablamos de libertad o *libre albedrío*. Ser libre, sin embargo, o *libertad mayor*, significa elegir el bien, aquello que hace crecer y madurar a las personas (cf. *La corrección y la gracia* 12,32).

«Llevo la libertad como algo tan profundamente mío, tan ligado a mi propia historia que no me es posible

separarla de mi crecimiento y de mi misma identidad. La libertad como un construirme mi propio espacio ya de muy niña. Libertad en la búsqueda de mi propia autonomía, más difícil por mi condición de niña, adolescente y mujer. Libertad en pequeñas conquistas domésticas, relacionales y de actividad en mi primera juventud.(...) Libertad como ausencia de coacción.

Libertad en el compromiso, libertad con. Sólo a veces, en el esfuerzo de esa libertad, lograba percibir leve y conscientemente otro nivel más difícil, la autenticidad. Libertad como el don y la tarea de ser yo misma. Y, un poco más tarde, la libertad como un ideal sujeto a muchas ambivalencias, incluidas las de la tantas veces pretendida autenticidad.»

(Mercedes NAVARRO, *Sintiendo, narrando, alentando, bordeando, queriendo, liberando, disfrutando*, Ed. PPC, Madrid 1996, pp. 121-122)

«La libertad verdadera va unida al bien. Una elección equivocada puede convertirse en esclavitud» (*Sermón* 177, 3). Es la tragedia de todas las adicciones que ofrecen una satisfacción tan inmediata como

efímera, y, al mismo tiempo, maniatan con fuertes cadenas a las personas y les roban la libertad.

El amor es la ley de la libertad. «La ley de la libertad es la ley de la caridad» (*Carta* 167, 19). Se presenta aquí la paradoja aparente entre el amor –que es vinculación– y la libertad, que, a primera vista, parece distanciarse de toda atadura.

Una escuela no es liberadora por su permisividad sin límites, sino cuando es capaz de ofrecer una propuesta clara de valores que sirvan de referencia para saber elegir. En este sentido, la escuela no puede renunciar a establecer una *pedagogía de la libertad* que va unida al ejercicio de la autoridad y al establecimiento de unas normas o indicadores precisos. Nadie nace libre, sino que nacemos con vocación de ser libres. Apuntaba Hegel que «*ser libre no es nada, devenir libre lo es todo*».

Por un afán de suprimir todo elemento que pueda chocar contra la voluntad de los alumnos se ha olvidado que educar es, a veces, contrariar, presentar otros criterios, discrepar sin disimulo. Después de diferentes ensayos de libertad y una catarata de palabras sobre el miedo a frustrar, reprimir o coaccionar, se vuelve a hablar de la necesidad de la disciplina. Un recordatorio

necesario y urgente, porque desterrar la disciplina del aula es un fraude para el alumno y una responsabilidad para el educador. La solución no está en volver a los métodos disciplinares de otro tiempo, sino en recuperar el valor de la disciplina de la mano de instrumentos acordes con la pedagogía y sensibilidad actuales.

La libertad es esencialmente interior. Compatible, por tanto, el ser libre y estar confinado en un campo de concentración. Así lo describe Víctor Frankl y, más recientemente, el Cardenal Nguyen van Thuan, vietnamita, encarcelado durante trece años, nueve en régimen de aislamiento, en la prisión de Phu-Khanh.

«En la cárcel de Phu-Khanh los católicos dividían el Nuevo Testamento, que habían introducido en ella ocultamente, en pequeños pliegos de papel, se los repartían y los aprendían de memoria. Como el suelo era de tierra o arena, cuando oían los pasos de los policías, escondían la Palabra de Dios bajo tierra.

Por la noche, en la oscuridad, cada uno recitaba por turno la parte que ya

había aprendido. Era impresionante y conmovedor oír en el silencio y en la oscuridad la Palabra de Dios, la presencia de Jesús, el Evangelio vivo recitado con toda la fuerza de ánimo, oír la oración sacerdotal, la pasión de Cristo.

Los no cristianos escuchaban con respeto y admiración lo que ellos llamaban palabras sagradas. Muchos decían como experiencia propia que la palabra de Dios es espíritu y vida.»

(F. X. NGUYEN VAN THUAN, *Testigos de esperanza*, Ed. Ciudad Nueva, Madrid 2000, 5.ª ed., p.79)

También al hablar de la libertad san Agustín vuelve sobre su pensamiento acerca del *Maestro interior*. Para llegar a ser libres, necesitamos la ayuda del maestro humano y, sobre todo, la del Maestro interior (*El espíritu y la letra* 30, 52).

Para ser liberadora, la escuela no puede renunciar a la autoridad, la disciplina, las normas. Son medios, no fines. San Agustín critica la enseñanza que pueda ignorar la formación para la verdad y el amor que garantizan la libertad verdadera. La educación será más liberadora cuando esté más de

acuerdo con la Verdad-Amor (*Carta* 101, 2), frente a la ley de la gravedad natural, que tira de nosotros hacia lo puramente instintivo.

ESCUELA QUE EDUCA EN VALORES ÉTICOS

Quienes defienden la laicidad absoluta de la sociedad abogan, lógicamente, por una escuela vacía de contenidos religiosos, porque existe la convicción de que lo religioso tiene carácter alienador. A partir de este presupuesto se pretende vaciar la educación de todo contenido ético. De este modo se amputa a la educación de uno de sus objetivos más noble: mejorar el comportamiento de las personas. La ética no contribuye a que sepamos más, pero sí a que seamos mejores.

El actual proceso de secularismo se vuelve contra el hombre mismo. A pesar de las apariencias, el futuro de la sociedad no está en el desarrollo económico, exclusivamente, sino en una concepción del ser humano que tenga en cuenta su antropología en toda su integridad.

La Escuela Agustiniiana sabe que el ser humano es ciudadano de este

mundo, y en él tiene que vivir y aprender a desenvolverse, dando a cada cosa su valor propio. Es lo que san Agustín llama ciencia, que no sólo es acumulación de conocimientos, sino el saber utilizarlos bien (*La Trinidad* 12, 22). Pero no se conforma sólo con eso, porque trata de educar al hombre entero para lo que es su mayor pretensión: la felicidad. Educar para la felicidad es educar para la sabiduría, que sólo se alcanza cuando el hombre entra en su interior, vive reconciliado consigo mismo y desde allí tiene acceso a Dios. Se integran así la ciencia y la sabiduría. Sin la ciencia, la escuela incumpliría su función docente, y sin la sabiduría crearía máquinas inteligentes sin alma. La evolución tecnológica no debe ser sinónimo de deshumanización.

«... El problema ya no será tanto preparar a los niños para vivir en una sociedad determinada como, más bien, dotar a cada cual de fuerzas y puntos de referencia intelectuales permanentes que le permitan comprender el mundo que le rodea y comportarse como un elemento responsable y justo. Más que nunca, la función esencial de la

educación es conferir a todos los seres humanos la libertad de juicio, de sentimientos y de imaginación que necesitan para que sus talentos alcancen la plenitud y seguir siendo artífices, en la medida de lo posible, de su destino.»

(Jacques DELORS, *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI*, Ed. Santillana, Madrid 1966, pp. 106-107)

En un momento histórico de mutación de valores, o transvaloración, la función de la escuela respecto al mundo de los valores, es múltiple: seleccionarlos, jerarquizarlos, proponerlos, adaptarlos.

Se habla del *universo de los valores*. Es decir, la lista puede ser amplia y cada escuela puede hacer su propuesta particular. Precisamente esta selección va a marcar la distinción entre una escuela y otra, y entre los diferentes estilos pedagógicos.

Toda escuela es transmisora de valores, pero es distinto el acento que se puede poner en los valores éticos. Se puede hablar de educación vial, educación para una vida sana, educación para la convivencia... En

todos estos programas subyace un mínimo contenido ético. Hay, sin embargo, una pedagogía que propone, de forma clara, un cuadro de valores éticos y los coloca como nervio central de toda la acción educativa.

La conversión de san Agustín supone un cambio radical que también afecta a su modo de entender la educación. La nueva concepción educativa incluye la llamada explícita a la moral y la ética de sus alumnos. Las expectativas de Agustín ante sus alumnos no son la acumulación de conocimientos ni la especialización en ninguna disciplina, sino que sus alumnos sean cada día mejores (cf. *El orden* 1, 11, 33). Esta perspectiva ética –que ahora, quizá, no nos sorprenda– tiene su originalidad en el contexto del sistema educativo vigente en el tiempo de san Agustín. En su obra *Confesiones* presenta una panorámica de la escuela tal como él la sufrió. Habla de una escuela en la que prima el sentido utilitarista, la ambición por parte de la familia que mira más al lucro que a la formación de sus hijos, el ambiente de superficialidad, la dudosa moralidad de los maestros... El propio Agustín dice que le mandaron a la escuela «para conseguir renombre mundano y sobresalir en las técnicas del lenguaje, que van

encaminadas a los honores humanos y a amasar riquezas falsas» (*Confesiones* 1, 9, 14).

PARA EL DIÁLOGO

- **Sobre la educación actual llueven diferentes acusaciones. Una es distraer la atención hacia cuestiones secundarias y ocultar la necesidad y el valor del sacrificio, la disciplina, la negación, el respeto, la honestidad... ¿Qué podríamos hacer para integrar en nuestra actuación, como educadores, estas asignaturas fundamentales?**
- **La sociedad intenta modelar la escuela a su medida y dictarle, por todos los medios, sus consignas. ¿Tenemos conciencia de ser impulsores de una cultura y pregoneros de unos mensajes que no siempre tienen aceptación social?**

UNA APROXIMACIÓN A LA METODOLOGÍA AGUSTINIANA

Llegados al punto final de este tema, la conclusión que se desprende es que no se puede definir la metodología agustiniana como algo cerrado y perfectamente definido. Habría que hablar, más bien, de unos cauces metodológicos, de unos grandes referentes que canalizan toda la

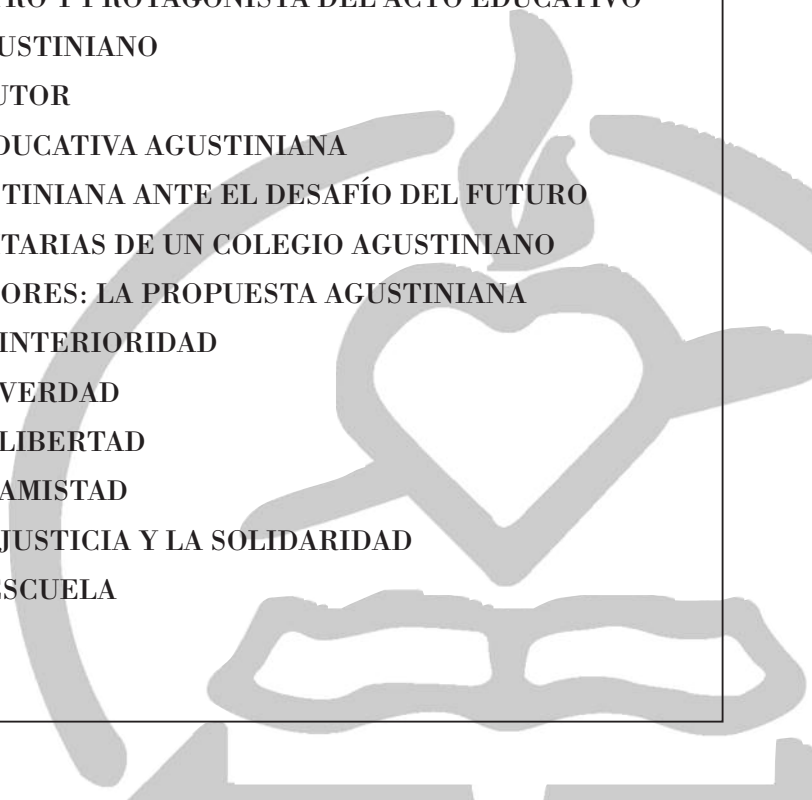
educación. De modo que, a la hora de instrumentar estrategias, establecer programas u organizar la vida escolar, se ajusten a estas grandes pautas de acción.

La ausencia de un método detallado significa que hay un método encubierto, siempre presente, que equivale a los grandes carriles sobre los que se mueve todo el quehacer educativo. Siempre tendremos que preguntarnos si las actividades instrumentales seleccionadas se ajustan a ese horizonte donde vislumbramos una Escuela *humana* y *humanizadora*, *crítica*, *participativa*, *liberadora* y *promotora de valores éticos*. Como ya se ha indicado al inicio del tema, cuando están definidas las metas es

más fácil elegir los caminos. La pregunta constante será: este modo de actuar con los alumnos, esta actividad que vamos a realizar, ¿promueve los valores éticos?, ¿fomenta la participación y el espíritu crítico?, ¿contribuye a la humanización de nuestras relaciones y al crecimiento en libertad? Sin olvidar que la pedagogía agustiniana remite a ese Dios que nos crea y nos llama. El método, por tanto, no es sino el vehículo que nos lleva a un viaje que va más allá de las fronteras del aula. Confrontado el ser humano con el Misterio, asciende hacia Dios, que no reside en cimas inaccesibles, sino que es más íntimo que la propia intimidad (cf. *Confesiones* 3, 6, 11).

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 